



*Homilía – 9° Domingo del Tiempo Ordinario*

*Most Rev. José H. Gomez  
Arzobispo de Los Ángeles*

*Catedral de Nuestra Señora de los Ángeles  
6 de marzo del 2011*

Queridos hermanos obispos, sacerdotes y diáconos; religiosos, religiosas, hombres y mujeres consagrados; todos ustedes, queridos hermanos y hermanas en Cristo,

Con mucha alegría y emoción estamos celebrando hoy la Santa Misa! Apenas hace una semana, el domingo pasado, celebramos los 25 años de ministerio y el retiro del Cardenal Mahony con una bonita celebración de la Eucaristía y hoy nos reunimos de nuevo alrededor del altar de la Eucaristía como la familia de Dios que somos para celebrar el inicio de este nuevo tiempo de gracia para mí personalmente y para la Arquidiócesis de los Angeles.

Como he dicho en otras ocasiones, nunca me imaginé que estar aquí. Pero nuestro Dios, es un Dios de sorpresas, un Dios de bendiciones y de tierna misericordia!

Agradezco a nuestro buen Dios por el gran privilegio de poder servirlos.

En esta celebración de la Sagrada Eucarística, con la que marco el comienzo de mi ministerio, agradezco a nuestro buen Dios por el gran privilegio de poder servirlos y les pido que por favor recen por mí.

Oren para que nuestro buen Dios me dé valor, fortaleza y sabiduría para seguir buscando la santidad. Pídanle que me haga digno de esta hermosa tarea de servir a la familia de Dios en esta gran Arquidiócesis de Los Ángeles.

Las lecturas de la Palabra de Dios de hoy son todas acerca de la identidad católica y la misión cristiana. Hablan sobre quien quiere Dios que seamos y qué desea que hagamos.

¡Somos Católicos, mis amigos! Eso significa que nuestras vidas no nos pertenecen. A medida que pasa el tiempo lo siento cada vez más y más. No importa de dónde vengamos, en qué trabajemos —pertenecemos a Jesús, quien nos amó y entregó su vida por nosotros. Pertenecemos a su familia, la Iglesia. Y nos pertenecemos mutuamente, como hermanas y hermanos de Cristo.

Debemos aprender a ver nuestras vidas con los ojos de Cristo. En ellos, cada uno de nosotros está aquí por alguna razón. Cada uno ha sido llamado por Dios. Él nos llama por nuestro nombre, como un Padre llama a sus hijos amados.

Dios sabe tu nombre. Dios sabe mi nombre. Cada vez que pienso en esto, mis hermanos, no puedo dejar de sorprenderme.

San Pablo dijo: “por cuanto nos ha elegido en él antes de la fundación del mundo, eligiéndonos de antemano para ser sus hijos adoptivos por medio de Jesucristo...”<sup>i</sup>

¡Piensen en lo que esto significa! El Dios que creó el sol y la luna, las estrellas y toda la tierra, quiso que yo naciera. Desde el principio del mundo, Dios quiso que ustedes nacieran.

Mis amigos, este es el Evangelio. ¡Esta buena noticia debería cambiar totalmente nuestras vidas! ¡Saber cuánto nos ama nuestro Padre, saber que Él entregó a su único Hijo para que nosotros pudiéramos vivir para siempre con Él como sus hijos e hijas!

Esta es la buena noticia que Él encomienda a su Iglesia a anunciar a los confines de la tierra.

Hermanas y hermanos, por esto estamos aquí. Porque nuestro Padre nos ama como a sus hijos; y porque Él tiene algo especial que quiere que cada uno de nosotros realice para Él.

Lo que nuestro Padre quiere de ustedes es diferente de lo que quiere de mí. Dios me ha llamado a ser, primero sacerdote, y ahora a esta silla, a ser su Arzobispo. Pero Dios nos da a cada uno una responsabilidad particular como cooperadores de su plan de amor, para la salvación del mundo y la redención de la historia.

Estamos aquí para cumplir su voluntad. “*Que se haga tu voluntad. En la tierra como en el cielo*”.

De esto tratan las lecturas de hoy — escuchar la Palabra de Dios, acogerla en el corazón, y luego cumplir su voluntad.

*¡Somos Católicos! ¡Somos hijos queridísimos de Dios!* Los hijos encargados de llevar adelante la misión del Hijo único de Dios.

Esto significa que no podemos decir solamente “Señor, Señor” Nuestras oraciones deben ir acorde con nuestros actos. Debemos ser hacedores de la Palabra de Dios y no sólo espectadores.<sup>ii</sup> Cuando rezamos, “Señor, Señor” tenemos que estar siempre preguntándole, “Señor, ¿qué quieres que haga?”

Las lecturas de hoy deben impulsarnos a la oración y a la acción. Deben hacer arder nuestro corazón con el deseo de ser un pueblo santo, misionero—el pueblo que Dios quiere que seamos.

Sin embargo, hoy, al comenzar mi ministerio entre ustedes, escucho estas palabras como si fueran han dirigidas a mí de una manera especial.

En realidad no lo pienso o lo veo como *mi* ministerio. Espero ser un buen ‘conducto’ un ‘instrumento’ del ministerio de Jesucristo y sus apóstoles.

Esta Iglesia no le pertenece al Arzobispo — ni a ninguno de nosotros. La Iglesia le pertenece a Cristo. Ella es su Cuerpo y su Novia. Jesús dice en las Escrituras: “Edificaré mi Iglesia.”<sup>iii</sup>

Deseo construir mi ministerio, como dijo Moisés en la primera lectura, sobre la base de la Palabra de Dios y sus mandamientos. Quiero construir como Jesús dice hoy: en la roca sólida de la Iglesia que tiene a Cristo como piedra angular y la fe de San Pedro y los apóstoles como cimientos.<sup>iv</sup>

Cada Obispo en un eslabón en una cadena espiritual que se remonta a los apóstoles. Así que no estoy aquí para poner en práctica mis propias ideas. Estoy aquí como un apóstol de Jesucristo y testigo de su Resurrección.

Estoy aquí, junto con mis hermanos Obispos Auxiliares, para conducir y santificar y para proclamar a los hombres y mujeres de nuestro tiempo que Jesús ha resucitado, ¡que Dios está vivo!

Vivimos en un tiempo en el que la conciencia de Dios se está desvaneciendo. Más y más personas viven en la indiferencia, sin ninguna religión. Nuestra sociedad alienta cada vez más una clase de ateísmo práctico en el que las personas viven su vida cotidiana como si Dios no existiese.

Mis amigos, este es un camino falso. No puede llevarnos a la verdadera libertad o felicidad. Lo vemos alrededor de nosotros, en nuestra sociedad. La indiferencia hacia Dios lleva a una indiferencia a las necesidades de los débiles y vulnerables. Cuando no creemos que tenemos un Padre en el cielo, ¿cómo podremos vivir como hermanos y hermanas aquí en la tierra?

¡Nuestro mundo necesita una nueva evangelización! ¡Necesitamos una nueva misión al continente americano! Necesitamos llevar la belleza del Evangelio a las personas de nuestro tiempo. ¡Esta es nuestra tarea, como Iglesia de Los Ángeles que somos!

San Pablo nos recuerda en la segunda lectura de hoy que somos pecadores. Que todos nosotros somos indignos de la gloria de Dios. Esto es verdad, y nos debe ayudar a ser siempre humildes.

Pero también tenemos una gran dignidad y responsabilidad como cristianos. Jesús asumió nuestra carne y sangre, para que nosotros pudiéramos ser partícipes de Su carne y sangre. Él tomó nuestra humanidad para que nosotros pudiéramos participar de su divinidad.

Si esta misión fuera solamente nuestra, sería imposible. Pero con Dios, no hay nada imposible para los que tienen fe.

Entonces, ¡creamos en su Palabra, mis amigos! Vivamos con la intensidad y confianza de los primeros cristianos. ¡Y hagamos todo para Dios!

Normalmente no predico tan largo. Vuelvan el próximo domingo y seré más breve, ¡se los prometo!

Antes de terminar, deseo invocar a la venerable María Luisa Josefa de la Peña, la refugiada de México que fundó a nuestras Hermanas Carmelitas del Sagrado Corazón de Jesús de Los Ángeles.

Antes de mi llegada en Mayo del año pasado, un buen amigo me habló sobre la Madre Luisita. Desde ese entonces, ella ha tenido un lugar especial en mi devoción.

Su historia es muy interesante. Ella nació en Jalisco, y se casó con un doctor. Pasó muchos años con él, sirviendo a los pobres en un hospital que construyeron en Atotonilco. Cuando él murió, ella entró a la vida religiosa y siguió sirviendo a los pobres. Luego fundó una escuela y un orfanato. Durante la persecución de la Iglesia en México en los años 20, ella vino aquí como refugiada, y fue acogida por Monseñor Cantwell.

Madre Luisita solía decir a la gente: “*¡Que todo sea para Dios!*”

Al inicio de mi ministerio, deseo hacer más sus palabras. Rezo para que todo lo que haga sea para Dios

Hagamos de hoy un nuevo comienzo en esta bella Catedral en la presencia de nuestro Señor. Que todos nosotros podamos re-dedicar nuestras vidas para cumplir la voluntad de nuestro Padre celestial en todo lo que hagamos. *¡Que todo sea para Dios!*

Que todas las pequeñas cosas que hacemos, en rutina de la vida cotidiana, sea por amor. Seamos de los santos que nadie conoce — solamente aquellos que están cerca de nosotros, las personas con quien vivimos y trabajamos.

Me siento muy honrado de que el primer Obispo de aquí, Francisco García Diego y Moreno, haya venido desde México, como yo. Le pido a Él que interceda por mi ministerio. Le pido al Beato Junípero Serra que ruegue por mí, así como a todos los santos de las Misiones de California. Le pido las oraciones de San Rafael Guízar y

Valencia, el heroico obispo de los pobres, de Veracruz-Jalapa. Y finalmente, pido la intercesión de San José, el santo de mi nombre, y mi modelo en mi vida como cristiano.

He confiado mi ministerio a Nuestra Señora de Guadalupe. Y hoy le pido que ruegue por todos nosotros.

¡Que esta Iglesia, esta familia que nuestro Padre ha reunido aquí en Los Ángeles, siempre sea un signo de que Dios está cerca y de que ante sus amorosos todos somos sus hijos, y que nadie sea un extraño para ninguno de nosotros! Amén

---

<sup>i</sup> Ef. 1:4-5.

<sup>ii</sup> St. 1:22.

<sup>iii</sup> Mt. 16:18; Eph. 5:26.

<sup>iv</sup> Mt. 16:18-19; Eph. 2:20; Rev. 21:14.